

concepto a la escatología— no puede ser el Dios que castiga. Por esta razón, presenta como «una hipótesis, ciertamente fundada, la inexistencia de sanciones» (p. 243). «La estructura no violenta del mesianismo de Jesús no es fruto de una estrategia provisoria: pertenece a su esencia. Ella es contradicha por el género apocalíptico, que recluta para su provecho la ideología veterotestamentaria de la venganza compensatoria. Ella sustituye la figura del Salvador por la del Juez. Mi hipótesis consiste en no invertir el sentido del mesianismo de Jesús sin decidir entretanto si él implica la abolición de la figura de Dios Juez» (p. 245).

El problema está en si en esto radica la originalidad del mesianismo de Jesús, y no más bien en que el Mesías es Dios y Señor de la historia y en que el establecimiento de su reinado comporta el juicio. Las fuentes cristianas, las mismas palabras del Señor, apuntan hacia un mesianismo mucho más rico que el presentado por Duquoc.

Lucas F. MATEO-SECO

Joseph EYQUEM, *Transparente et mystérieuse Eucharistie*. Prefacio de C. Dagens, Paris, Lethielleux, 1983, 139 pp., 13, 5 x 21.

Este libro —presentado como fruto del Congreso eucarístico de Lourdes de 1981— no va dirigido principalmente a teólogos, sino a todas aquellas personas que —a pesar de la clara enseñanza de la Iglesia— tienen dificultades para «comprender» el misterio eucarístico. Así pues, el objetivo es profundizar en el significado de la Eucaristía: hacer que el hombre de nuestro tiempo tome nueva conciencia de que «Ella es Jesús revelándose en lo esencial de su Misterio» (p. 17). Para ello el autor orienta todo su trabajo sobre dos ideas centrales, cuyo desdibujamiento u olvido es la causa de las dificultades para acercarse a este sacramento. Estas ideas —dichas con las palabras del autor— son: «la Eucaristía no se puede comprender si Jesús no es Dios». «Es urgente, para entender con profundidad la Eucaristía, volver a resaltar la significación del sacrificio de la Cruz cuyo sacramento es la Eucaristía» (p. 139).

En primer lugar, Eyquem pretende mostrar que la Eucaristía sólo puede comprenderse bajo la realidad de la Encarnación del Verbo: cuando se mira así a Jesús, este sacramento se hace transparente. Este es el objeto de la primera parte de esa obra, dividida en tres capítulos. El autor comienza considerando la divinidad de Jesús: el misterio paschal será como la «epifanía» de ese gran misterio que es la Encarnación, porque es el momento en que ésta alcanza su máximo desarrollo (p. 26-28). Dios nace de una mujer, porque no sólo quiere ser hombre, sino de la raza humana: ningún hombre es más hijo de su madre que Jesús lo es de María; este hecho implica una excepcional inserción de Dios en la humanidad. Jesús es, además, primogénito entre muchos

hermanos, por eso hay que amarle a El más que al padre o a la madre; y, por eso toma sobre sí la responsabilidad de salvar a todos los hombres, muriendo en la Cruz (p. 32-34).

A continuación se detiene el autor a penetrar en el sentido de la muerte de Cristo, que establece la Nueva Alianza. La contempla desde tres puntos de vista. Por parte de los judíos fue un homicidio que hace «violencia» a Dios, y contradice al amor y solicitud divinas por los hombres (el centro de esta argumentación lo constituye la parábola de los viñadores homicidas). Este hecho le obliga a detenerse en un punto delicado: la presencia de Dios es universal, luego la muerte de Jesús no ha podido escapar a la presencia y voluntad de Dios. Por tanto, era conocida y querida por Dios. ¿Cómo? La mejor manera que encuentra para penetrar en este misterio es remontarse a la Encarnación: «antes» de la Encarnación el dilema era renunciar a ella —privando a los hombres de la gracia redentora— o bien asumirla con todas sus posibles consecuencias, incluida la muerte. Dios elige la segunda. Pero la muerte de Cristo es un sacrificio: Jesús «la vive de manera positiva» porque con ella es destruida la Muerte, se nos da la Vida, y de este modo puede alcanzarse algún conocimiento de la Eucaristía, Pan de Vida.

Toda la tercera parte de la obra está transida por la segunda idea mencionada más arriba: la Eucaristía es exactamente el sacramento del sacrificio de la Cruz: fija nuestra atención sobre la realidad de Cristo resucitado, pero haciendo aparecer los signos de su muerte (p. 102-104). En esta parte el autor va deteniéndose brevemente en diversos aspectos del sacramento: presencia real; necesidad de un vocabulario teológico específico, por el carácter extraordinario de lo que allí sucede, sin parangón posible en el mundo creado; el papel que ejercen las especies en el sacramento, no sólo de ocultar, sino también de revelar la presencia de Cristo; relación entre la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística en la celebración del Santo Sacrificio...

Queremos resaltar aquí sólo dos aspectos. En primer lugar, que la Eucaristía es el sacrificio de la Iglesia. Ella lo realiza porque Cristo se lo mandó; y, si la Iglesia celebra un sacrificio, no puede no ser el suyo. Esto es posible porque el sacrificio se produce a nivel de signos (nivel sacramental); pero, como el Cuerpo y la Sangre ofrecidos son idénticamente los mismos que en la Cruz, la Iglesia no ofrece otra cosa que el sacrificio del Calvario (p. 107-108). Si la Misa es siempre acción de Cristo, y sacrificio de la Iglesia, el sacerdote sólo puede utilizar el texto aprobado, porque en él se expresa toda la Iglesia. Termina esta parte con interesantes puntualizaciones sobre la importancia y distinción entre sacerdocio real y sacerdocio ministerial.

El segundo aspecto, verdaderamente interesante para el público al que se dirige la obra, se refiere a las consecuencias de la Eucaristía en la vida diaria. Jesús se nos da en el sacramento. Si nosotros lo recibimos, ya que somos Cuerpo de Cristo, y «epifanía» de Cristo, debemos realizar obras consecuentes con ese principio vital. Eyquem observa que si la Eucaristía es el Pan de Vida, ahí se encuentra la

fuente para remediar las deficiencias del corazón humano. Esa es la vía para definir las grandes líneas de un mundo nuevo, que de ninguna manera llegará si únicamente se pretende reformar las estructuras temporales. Hasta el punto de que toda organización de la sociedad que rechazara tener en cuenta la Eucaristía —Pan de Vida—, o se esforzara deliberadamente por privar a los hombres de Ella, no conduciría más que a crear sobre la tierra las estructuras de un infierno (p. 124-133).

Este libro constituye, en suma, una meditación atenta del sacramento de la Eucaristía. Tiene el sabor de lo vivido, de lo meditado: su hilo conductor son los múltiples pasajes de la Sagrada Escritura (más de 200 citas textuales en sus 139 páginas) sobre los que el autor articula su pensamiento, y sirven de auténtico soporte a la obra.

No agota este libro la riqueza de la Eucaristía, pero ayuda a comprenderla. Uno de sus valores reside en los destellos que va sacando el autor al saborear y profundizar con fe en verdades conocidas, aportando continuas intuiciones. No es extraño que termine con un capítulo titulado «María y la Eucaristía». Eyquem es conocido como fundador de los *Equipes du Rosaire*, y en 1981 ha visto la luz una nueva edición de su obra *Aujourd'hui le Rosaire*. Nos presenta a María como el ejemplo perfecto de los sentimientos que nosotros debemos tener en la celebración eucarística. Pero aún más, porque la «descendencia de Dios» nace de una nueva pareja: un nuevo Adán y una nueva Eva, de la que la primera pareja era un lejano esbozo.

Todavía resonarán con el paso del tiempo algunos pasajes de este breve libro: «Cuando Jesús tome el pan entre sus manos y diga: 'Esto es mi Cuerpo', si él no es más que un hombre las cosas seguirán siendo lo que son, si él es Dios obedecerán a su palabra» (p. 25). «Hoy gusta poco hablar del 'sacrificio de la misa'. ¿Por qué? Porque la noción de sacrificio repugna e incluso se escapa» (p. 57). Y sin embargo «¡la Eucaristía es el 'sacramento del sacrificio de la cruz!'» «No hay ni habrá jamás mejor definición de la Eucaristía» (p. 83). Vale la pena resaltar estas dos advertencias de Eyquem: sólo se entenderá la Eucaristía si se cree en la divinidad de Jesucristo, y se entiende como sacramento del sacrificio de la Cruz.

Pedro LÓPEZ-GONZÁLEZ

Agnese CINI TASSINARIO, *Il diavolo secondo l'insegnamento recente della Chiesa*, Roma, Pontificium Athenaeum Antonianum («Studia Antoniana», 28), 1984, 310 pp., 16 x 24.

Agnese Cini —madre de cuatro hijos— ha sido de 1967 a 1980 la responsable nacional de AGESCI (Associazione Guide e Scout Cattolici Italiani). Obtuvo la licenciatura en Teología el año 76 en el Antoniano, con la tesina «El diablo en Io. 8,44 b». En el año 83, también